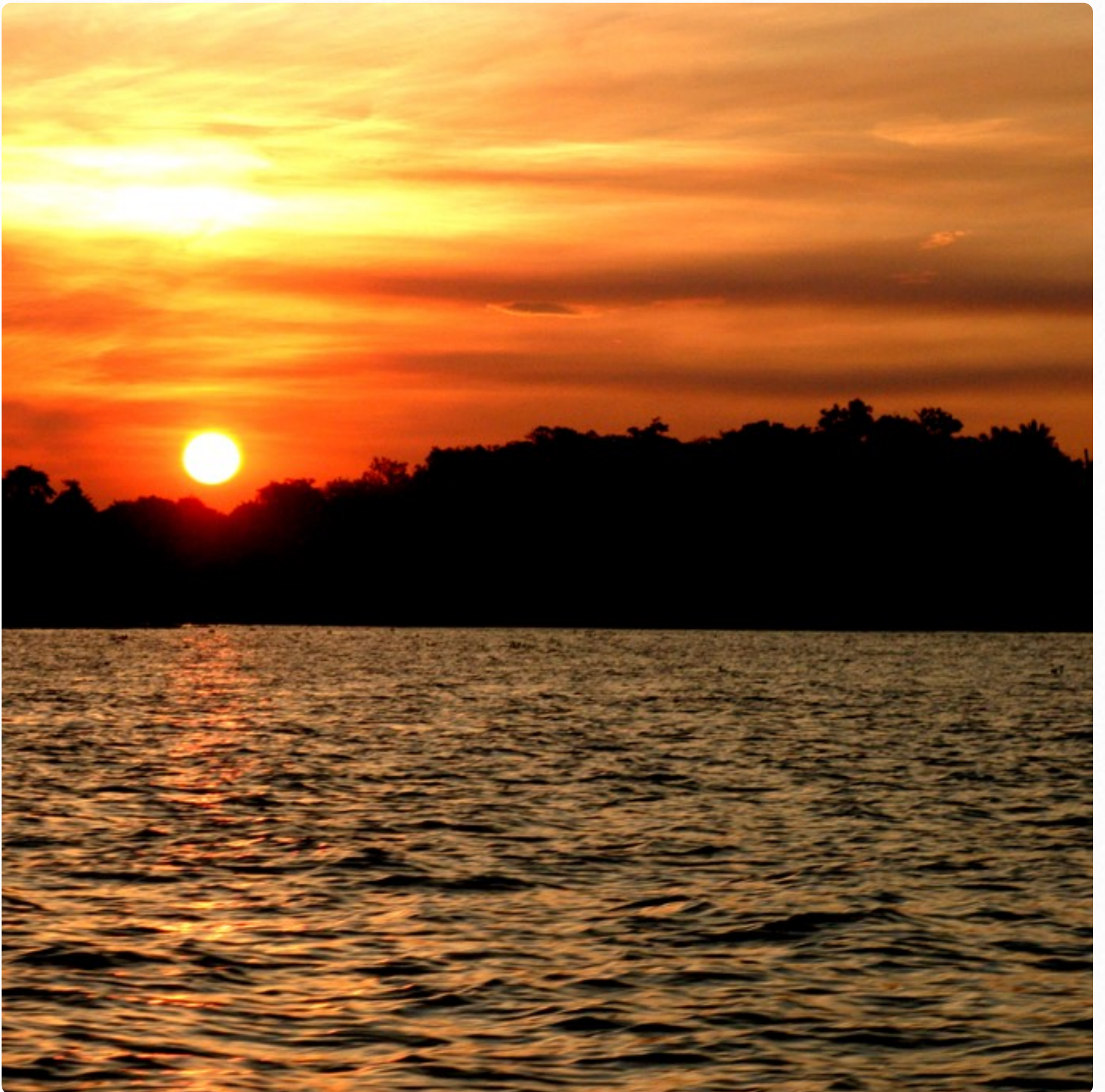


Alicia Cebollada

Siguiendo mi conciencia



Prólogo

En el transcurso del caminar en nuestra existencia hay momentos en los que tenemos que detenernos a pensar qué es lo que estamos viviendo y cómo. El ritmo nos va llevando y no sabemos dónde y tampoco nos preguntamos si es ese el verdadero camino que deseamos transitar y entonces la vida te arrastra por su cuenta, con un libreto ya escrito que hacemos con gusto porque nos sentimos sin disonancia con los otros y que todo va funcionando de una manera suave y armoniosa.

Otras veces también ese mismo guión nos conduce por senderos que nuestra conciencia se resiste, porque percibimos que algo que nos resulta indeseable se quiere apoderar de nosotros.

Así me encontré yo en una encrucijada de mi vida.



I

En el año 1972 cuando tenía treinta y dos años, viví mi etapa mística, quería buscar a Dios entre mi prójimo.

Tenía una familia, que había formado con mi compañero José Antonio para en ese momentos teníamos tres hijas, Aliana de nueve años, Sonia de ocho, Milagros de dos y vivíamos en Venezuela.

Siempre fui católica y desde mi adolescencia, practicante. En ese momento asistía a las misas dominicales y pertenecía a un grupo religioso que se ocupaba de apoyar a las familias. Íbamos a reuniones donde se trabajaba nuestra convivencia de pareja y la manera en que vivíamos nuestra fe. Yo ansiaba un crecimiento personal y la búsqueda de un Dios compañero para que me ayudara a orientar la familia que estábamos formando.

José Antonio a su vez llevaba cinco años graduado de Ingeniero Agrónomo y vivía su profesión con mucha mística. Trabajaba en la administración pública y los sábados y

domingos, por su cuenta, iba en el Estado Portuguesa, al Sistema de Riego Las Majaguas, donde había un gran asentamiento campesino y una finca enorme de ganado vacuno donde se producía leche. Estaba construido en ese lugar porque allí está la inmensa laguna Las Majaguas y de ahí se proveía el agua de todo el sistema.

José Antonio lo visitó por trabajo y comenzó a relacionarse con las familias que lo formaban.

Vio que había muchos jóvenes, que apoyaban a sus padres pero no sentían que allí tuvieran un papel esencial. Comenzó a reunirse con esos muchachos para ver de qué manera podría crearles entusiasmo y darles a los padres una mejor ayuda y también aumentar el crecimiento de ellos mismos, con más preparación para entender y manejar una finca de ganado para leche.

José Antonio siempre fue muy visionario y tenía la idea de que la vida para el hombre del campo podía cambiar mucho, si tenía la oportunidad de prepararse y aprender cosas.

Como la tecnología en general lo enamoraba, soñó con llevar esta enseñanza a través de la televisión educativa de circuito cerrado y grabar clases en "video tape". Así el campesino vería en la televisión a profesores que igual podían hablarles de plagas, manejo de ganado, formación de potreros o preparación de tierras, con un promotor que haría el seguimiento.

En esos momentos todo lo relacionado con la televisión grabada estaba en sus inicios. Las clases de agricultura y ganadería había que elaborarlas y él fue formando un equipo multidisciplinario de voluntarios, personas que por mística igual que él, querían hacer algo por mejorar la vida de los que vivían en condiciones más precarias y pensaba que desde la ciudad se podía lograr.

Allí en ese grupo me encontraba yo. Me tomé todo esto muy en serio y me dediqué a trabajar con ahínco y ganas. Varios nos preparamos con un curso para hacer televisión, manejar cámaras y tener el conocimiento mínimo e indispensable para hacer un programa aceptable.

Y lo logramos, llegamos a hacer algunos, aun cuando resultaba muy difícil, la tecnología en televisión de circuito cerrado todavía no era óptima, había que comenzar a grabar una charla y terminarla, todo corrido, no se podía cortar y seguir, se comenzaba de nuevo ante cualquier equivocación. Existía poca posibilidad de hacer programas amenos y dinámicos pues era una tecnología muy básica la de esos momentos, sobre todo aquella que estaba a nuestro alcance económico.

Un profesor de la universidad había formado una organización de educación campesina (IVAC, Instituto Venezolano de Acción Comunitaria) donde daban cursos presenciales de agricultura en una finca del Estado Aragua. José Antonio había colaborado dando clases en varias oportunidades a jóvenes del campo de diversas partes del país. Allí les enseñaban desde cómo sembrar, hacer un semillero para hortalizas, manejar el riego, los fertilizantes, llevar una contabilidad y aprovechar los excesos de cosechas, como las frutas para hacer mermeladas, o algunas hortalizas para su conservación. Todo aquello que pudiera hacerles producir más capital y mejorar de alguna manera las condiciones de vida.

Trabajando en el Ministerio, al mismo tiempo fue llevando grupos de jóvenes del Sistema de Riego Las Majaguas al IVAC durante los fines de semana, y haciendo programas para las familias del asentamiento en Caracas, después del horario de trabajo con el grupo de colaboradores. En ese momento varias personas estábamos entusiasmadas con el proyecto.

II

Yo entonces me movía entre el Movimiento Familiar Cristiano, las reuniones para elaborar estos programas de televisión y las visitas a las familias campesinas del sistema de riego.

También era un momento en que mi fe cristiana se tambaleaba.

Para mi eran contrastes muy fuertes, las reuniones de matrimonios que se hacían en nuestros apartamentos y las charlas domingueras con los campesinos en el porche de su casa de vivienda rural.



Me preguntaba, ¿dónde en realidad está Dios? ¿dónde se vive la verdadera esencia cristiana?, junto a unos amigos con un vaso de bebida, dentro de una vivienda hermosa, bien amueblada y profesionales la mayoría de los asistentes, o en las sillas de mimbre en el porche de la casa campesina tomando un sencillo cafecito? Y esa pregunta me obsesionaba, porque ante la preocupación de la pérdida de mi fe, buscaba respuestas concretas para recuperarla de la manera más honesta y franca.

Llegaba mucho más feliz después de pasar un fin de semana acompañando a José Antonio en el Sistema de riego al lado de los nuevos amigos que estábamos haciendo. Y al mismo tiempo sentía dentro de mi una especie de vergüenza, cuando en la tarde teníamos que regresar a la ciudad a nuestro cómodo apartamento.

Fueron tiempos de vida intensa, de gran preocupación por darles a nuestras hijas una educación lo más sincera, digna y honesta posible y de cuestionarme la vida en todo aquello que creía necesario que se ajustara a esos valores. Tiempos de hacerme muchas

preguntas sobre Dios, la ética y la justicia y el papel que dentro de ese momento me estaba tocando vivir.

Eran unos días en los que dentro de la misma Iglesia se cuestionaban la vida monjas y sacerdotes y dejaban sus cómodos conventos y parroquias para vivir mucho más cercanos al hermano que estaba en una situación de pobreza y fragilidad.

Y cuando estaba buscando respuestas me invitaron un día a la charla de un sacerdote italiano que vivía en Argentina y estaba de paso por Venezuela. Se llamaba Arturo Paoli y pertenecía a la Orden religiosa de Charles de Foucauld, que tiene como prioridad la opción por los pobres. Arturo hablaba con tanta lucidez y sinceridad, que fue la primera vez que tuve alguna luz a mi pregunta angustiosa de no sólo dónde podía reencontrar mi fe, sino con quiénes podría vivirla con intensidad y verdad.

Y poco a poco, ya con ideas más claras, me preguntaba cómo iba a poder llegar allí donde mi corazón me indicaba, de la manera menos radical y que mi familia no tuviera resultados adversos a lo que mi conciencia iba buscando.

Seguía haciendo las visitas a Las Majaguas con más gusto, acompañando a José Antonio al trabajo que hacía. Yo, con menos intensidad angustiosa en cuanto a la fe, y él con más efectividad en cuanto a lo concreto como siempre lo hizo.

En el transcurso de dos años, ya conocíamos no solo a los Hermanitos del Evangelio, como se hacían llamar, sino que los ayudamos a encontrar vivienda para los inicios de esa comunidad en un barrio de Acarigua cerca de Las Majaguas, e hicimos relaciones de amistad que nos ayudaban profundamente a vivir nuestra fe.

Fueron tiempos en los que estuvimos muy cercanos a estos sacerdotes y hermanos. Junto a ellos encontré más claridad en cuanto a cómo "seguir a mi conciencia". Todo nuestro trabajo en la comunidad campesina, con el equipo de educación de televisión educativa en Caracas y las reuniones con los compañeros del Movimiento Familiar Cristiano me daban vida, sentía que estaba en un camino, aun cuando esperaba que llegaría un momento en el que esta combinación traería como resultado una manera diferente de vivir mi cotidianidad.

III

Residíamos en un lindo apartamento ya propio y en proceso de pago, habíamos ido comprando muebles de acuerdo a nuestra nueva vivienda y encargado a un carpintero una cocina que yo diseñé, todo según las reglas normales de un matrimonio de nuestra clase que está comenzando y asegura y afianza su forma de vivir. Y todo esto no me proporcionaba la alegría que debía de darme, al contrario, con cada logro parece que me invadía más la tristeza.

El día que llegó la cocina de fórmica y madera y la fueron instalando, todo aquello me hablaba de "aquí te vas a morir", "¿ésta era la vida?" -me decía yo-, "nada más, ya se acabaron las aventuras, ahora ya está todo escrito. Este apartamento me verá desde mis treinta años hasta mi muerte". Y todas estas reflexiones no me permitían disfrutar y ser feliz con aquellas mejoras materiales que me estaba brindando la vida.

Y así iban pasando los días. Y en el año 1974 a un amigo de José Antonio -un compañero de Agronomía que se había graduado con él-, la Corporación Venezolana de Guayana le ofreció la gerencia de esa institución en Tucupita, estado Delta Amacuro.

Este compañero conocía el trabajo de José Antonio relativo a la televisión educativa para el mundo campesino y le ofreció la oportunidad de realizar este proyecto ya sin dificultades económicas y a tiempo completo en las tierras del Delta del Orinoco con la CVG.

Creímos que ésta era la oportunidad que estábamos esperando, se podían realizar las clases de televisión sin impedimentos, tendríamos estudio, cámaras, y más facilidades pues comenzaba a mejorar la tecnología de la televisión de circuito cerrado, ya era a color y también había cámaras portátiles para hacer programas directamente en el campo, iba a ser todo mucho más dinámico y él podría dedicarse todo el día a este trabajo que como profesional le emocionaba, con la ilusión de que con todas las facilidades ese proyecto iba a ser efectivo.

Yo de alguna manera quedaba afuera. Pero desde mi lugar ayudaría todo lo posible y además me llenaría con este mundo totalmente diferente al de la ciudad.

Si bien Tucupita era una ciudad, más parecía un pueblo. Estaba situada a 110 km de la costa sobre la orilla oriental del caño Manamo, ubicada bien adentro del delta donde empalma con el pequeño y sinuoso caño Tucupita que corre en dirección este y desemboca en el Atlántico.

Allí lo más importante en ese momento eran el agua y las tierras de cultivos. Había muchas curiaras que elaboraban los indígenas waraos oriundos de la zona, casi equivalentes al número de automóviles. Viajar a las diferentes islas era más rápido por río que por carretera. Para muchos lugares era necesario el traslado por el caño pues allí no llegaban los caminos y no había puentes. Para nosotros, una familia que vivía en la ciudad más importante de Venezuela, viviríamos un cambio totalmente radical.

Había escuelas y liceos y hasta un colegio de monjas y el mismo amigo de José Antonio, que había nacido en Tucupita, era una persona culta y preparada como para gerenciar una institución de esa envergadura, allí él se había formado hasta llegar a la universidad, lo que quería decir que la preparación de nuestras hijas en la primaria y bachillerato estaba asegurada y si tenía deficiencias, con nuestra ayuda y lo interesante de la aventura que estábamos a punto de comenzar, bien podía compensar con todo aquello que nos esperaba vivir como familia

IV

Y a finales del año 1974 ya estábamos listos para mudarnos a la ciudad de Tucupita. Ahora viviríamos a 720 Km. de distancia de la gran ciudad.

Nuestro tiempo en el Delta del Orinoco fue hermoso desde el principio, tan divertido en todo el quehacer, debido especialmente a la energía positiva que teníamos para vivir allí. Toda la familia estaba plena.

José Antonio trabajaba con un gusto espectacular, no tenía obstáculos ni trabas. Su presupuesto para compras de equipo y personal le permitía funcionar sin esperar una burocracia lenta y problemática. Y cada día me contaba algo bueno que había descubierto o que un persona excelente se había sumado al equipo.

Las dos hijas mayores iban a su escuela caminando, las buscaban los compañeros y se iban sumando las amigas que vivían por la zona, ellas acostumbradas al transporte escolar esto les encantaba. Milagros podía gritar y correr con su velocípedo por el gran patio de la casa sin el miedo de que una vecina del piso inferior nos llamara la atención por la molestia, como sucedía en el apartamento. Y yo viendo a todos felices me imaginé que me iría tejiendo un camino, estaba segura que lograría algo interesante.

Allí ya no me inquietaba que mi conciencia me hablara diciéndome que algo no andaba bien. Lograr salir de Caracas, que entonces se decía que era la sucursal del cielo de donde nadie se quería ir y mucho menos al interior del país, me parecía un triunfo. Creía haber ganado una batalla.

Me llevé muebles, cuadros, toda la ropa y casi todo lo que teníamos en la ciudad. Las casas en Tucupita eran tan grandes que todo cupo perfectamente y el nuevo hogar en calle La Paz, que desembocaba en el paseo del gran Caño Manamo, era agradable, no demasiado caliente y con dos patios y otro gran espacio, que pronto le dimos un buen uso. Y por supuesto tenía lo normal de una casa: recibo, tres cuartos, comedor y cocina. Los espacios grandes me encantaron.

Las muchachas pronto hicieron amigas y amigos que venían todas las tardes a visitarlas, y como no dejábamos de ser una novedad en ese pueblo, a la casa la llamaban “la casa de los caraqueños”. A mi me parecía muy bien, sabía dónde estaban mis hijas y de paso conocía a sus nuevas amistades. Traté de hacerles la vida agradable. Puse libros a su disposición y un tocadiscos. Compramos una mesa de ping pong y la pusimos en un espacio grande cubierto, que era como un gran cuarto que daba al patio interior y allí también instalamos la televisión.

En las tardes parecía un club, y como mis hijas tenían edades distintas, llegaban una gran cantidad de niños. Yo me “aproprié” de los más pequeños, hacía poco tiempo que había

estado en una escuela de arte y había visto cómo trabajaban con ellos. Compré resmas de papel bond, bastantes marcadores de diferentes gruesos y colores y los puse a pintar en el patio, primero en unas mesitas pequeñas de la casa y luego como no había mesas para todos, en el suelo. Esto lo disfruté mucho, fue para mi el inicio de los talleres de creatividad infantil que tendría más tarde en las comunidades campesinas, a lo me dediqué más adelante.

Cuando José Antonio llegaba temprano, les enseñaba katas de judo y karate a los más grandes, algunos tenían quince años y eso les fascinaba.

Había allí una panadería donde hacían un pan muy suave, con un ligero sabor dulcito muy rico y por cinco bolívares daban lo que llamaban "una cuenta de pan", que eran muchos. Sólo lo horneaban en las tardes. El primero salía a eso de las cinco. Yo le pedía a algún niño, de los que venían con bicicleta, que fuera a comprarlo y llegaba con esa bolsa de panes, ricos y calientes. Les poníamos mantequilla y preparaba una jarra de chocolate y otra de café con leche y se llenaba la gran mesa del comedor de niñas y niños merendando como si aquello fuera un festín. Era muy sabroso y todos disfrutaban de esta merienda sencilla. Más aún por hacerlo con los amigos, conversando y riendo alrededor de una mesa. Yo lo pasaba mejor que nadie.

Con frecuencia los sábados hacíamos excursiones con los niños mayores, caminando hacia un lugar que llamaban El muro, porque era el muro de una gran represa que había hecho la CVG para proteger las tierras de las subidas de agua del Caño Manamo y así evitar inundaciones de los cultivos. Allí era precioso y limpio el horizonte, tenía muchos árboles y una gran variedad de pájaros y como estaba alejado del pueblo, había muchos nidos. Era un gran parque natural. Madrugábamos para llegar temprano y pasar la mañana caminando y corriendo por todo, luego regresábamos sumamente cansados y con el hambre alborotado.

Los domingos íbamos de visita a algún hato o podíamos hacer un viaje en curiara a comunidades cercanas, por algunas obligaciones de José Antonio, o invitaciones de amistades que ya estábamos haciendo en la zona.

Allí las reuniones festivas podían ser porque el maíz sembrado estaba jojoto, listo para hacer las ricas cachapas. La invitación era ir a prepararlas, cocinarlas y comerlas con los amigos. Para mi toda una experiencia.

De mi parte fue un tiempo dedicado a la familia en su totalidad. Todo era tan diferente a la ciudad.

En las tardes ya al anochecer, en las puertas de muchas casas de familia ponían un fogón hecho con un tambor de metal y en un caldero freían empanadas de maíz con un gustoso guiso de carne. Eran empanadas caseras que vendían los vecinos para ganar algún dinero y en cada casa el sabor era distinto y a veces esa era nuestra cena en un paseo familiar, probar unas de aquí, otras de allá y comprobar los diferentes sabores que los daba la sazón de cada cocinera. Estos puestos improvisados estaban por varias calles, muy folclórico.

Un día nos llegó de pronto un muchacho de dieciocho años, con una carta y una guitarra al hombro. Nos dijo que se llamaba Pedro, que lo mandaba Arturo Paoli y que pasaría unos días con nosotros, claro, si estábamos de acuerdo.

Leímos la carta y Arturo, nuestro gran amigo, nos decía que ese muchacho era una excelente persona, estaba viviendo con ellos en la comunidad de los hermanitos del Evangelio, ya que tenía una situación familiar difícil, con problemas de un padre violento con la madre y grandes desacuerdos con los hijos. Él nos pedía si podíamos acogerlo por un tiempo y que trabajara acompañando a José Antonio, porque quería que conociera una familia armónica y que viera otra manera de vivir que la que había tenido hasta entonces.

Todos estuvimos de acuerdo, y yo comprendí que llegaba mi tiempo, esas eran las preguntas que en esos momentos la vida me hacía y mi conciencia podía comenzar a hacer las exigencias de rigor. No hubo dudas, Pedro fue un hijo grande que Dios me dio por un buen tiempo, al cual quise mucho y no me hubiera importado que se quedara con nosotros definitivamente, pero no fue así, pues después de una gran temporada se fue tal como lo habían planeado.

Pedro se marchó y nos quedamos un poco desolados, pero agradecida la familia y feliz por sentirse tan bien al poder abrir la casa a una persona desconocida y llegar a quererla como un hijo.

Todavía viviendo con Pedro, crecimos como familia. Esta vez para siempre, no podía venir Arturo a llevárselo. Veníamos desde Caracas con el deseo de tener un hijo más, y decidimos hacerlo por adopción. Fue en Tucupita donde comenzamos los trámites y llegó justo estando Pedro con nosotros, también estaba de visita larga la mamá de José Antonio, que hacía poco tiempo había quedado viuda y estaba tristísima y queríamos que se animara viviendo en nuestra compañía.

Este niño al cual llamamos Tomás Alberto, tenía once meses y me llenó la vida de alegría, no solo a mi sino a toda la familia. Mis ansias de maternidad que por última vez estaban en toda su plenitud fueron totalmente satisfechas, fui una madre feliz, y tuve en mis brazos un bebé precioso al cual amamos de inmediato.

La vida en Tucupita tan alejada de las grandes ciudades, estaba para nosotros llena de sorpresas.

El mercado era algo que nos fascinaba. Allí vimos frutas y pescados diferentes a los que conocíamos, como el caimito y el lau lau. Los desayunos que allí preparaban de pescado frito de río, nos parecía lo más delicioso, acompañados de una tortitas semidulces de harina de trigo a las que les daban el pintoresco nombre de "pechitos". Las señoras que los cocinaban gritaban su nombre con cierta picardía y diciendo cada una que los suyos eran los mejores, sabiendo que llamaban la atención de los visitantes.

En ocasiones paseábamos en carro a comunidades cercanas solo por el gusto de conocer y solíamos ir a una que era de indígenas waraos y de regreso con frecuencia nos acompañaba una madre con un niño enfermo que llevaba al hospital o algún padre de familia con un pájaro exótico que quería venderlo en la pequeña ciudad para de regreso, con el dinero ganado, llevar alimentos a su familia. No era extraño que nos sucediera que no podíamos seguir el camino porque una baba o un caimán estaban tumbados en todo el cruce de la carretera, obligándonos a regresar.

Los paseos en curiara eran muy bonitos, las aguas del caño Manamo enorme y tranquilo rompían su monotonía y se abrían a los lados, al paso de la embarcación con un gran revuelo burbujeante. Las costas tenían árboles y arbustos que servían para que las aves reposaran de sus vuelos y se llenaban de hermosas garzas blancas, algunos árboles tenían montones de nidos colgantes del pájaro amarillo y al correr por el agua, guacamayos dorados y azules en parejas cruzaban el caño. A veces podían verse búfalos en las orillas pastoreando en la maleza.

Quizás las personas del lugar lo veían todo como muy normal, pero para nosotros, caraqueños al fin, ver todo aquello en armonía era una exhibición de naturaleza y cosmos. Sentíamos que estábamos viviendo con los sentidos abiertos a flor de piel.

Cuando todavía en Caracas nos estábamos despidiendo de los amigos y compañeros, en el grupo del Movimiento Familiar Cristiano, compartimos una Misa de despedida y una reunión muy bonita y sentida, pues querían darnos una demostración de cariño al ver que nos íbamos del grupo.

Yo tuve la imprudencia de decir en el momento de tomar la palabra, "que me sacudía el polvo de mis pies" emulando una cita del evangelio Mat.10:14 , "Cualquiera que no los reciba ni oiga sus palabras, al salir de esa casa o de esa ciudad, sacudan el polvo de sus pies".

Me he arrepentido tanto en el resto de mi vida... pronto me di cuenta de que al decirlo estaba llena de arrogancia ¿quién era yo para darme esa licencia ante mis hermanos de fe? Todo porque me iba a la provincia, como si me hubiera ido a la selva o algún lugar duro e inhóspito.

Me sentí muy mal durante algún tiempo, desde que me di cuenta de mi error hasta que fui capaz de perdonarme, pero es un episodio que no olvido. Me ha servido para no ser soberbia en otras etapas de mi vida.

Traigo este episodio justo en este momento de mi relato porque Tucupita fue para mi belleza y felicidad y Dios me dio ojos en ese tiempo para percibir la cotidianidad de una

forma distinta y poder vivirla en todo su disfrute, no para derrochar desdén ante mis amigos.

Aún teniendo esa falta por exceso de suficiencia, estoy segura de que el llamado de mi conciencia fue real y verdadero y lo supe escuchar y lo fui siguiendo, era la manera de hacer las paces con mi interior. Yo estaba casi segura de que Tucupita era un lugar de paso, ya me sentía en el camino y estaba abierta a expresar todo lo novedoso que ese pueblo me entregaba.

V

Más o menos a los dos años de estar en Tucupita nos mudamos a una isla que está al frente de la ciudad llamada Isla de Guara del Estado Monagas. Allí había instalaciones y personal, pertenecientes en ese momento a la Corporación Venezolana de Guayana, como para atender a campesinos que vinieran a un curso o a reuniones especiales.

Ese era el lugar idóneo donde José Antonio haría su proyecto de Televisión Educativa, mucho mejor que el que tenía, que era provisional. Quizás sobraban espacios, pero también había que crear algunos como el estudio de grabación, por ejemplo.

Ya llevaba un tiempo formando equipos de trabajo y algunos ya estaban funcionando, como un programa de radio que saldría dos veces a la semana donde era primordial la educación campesina. Era muy ameno, prácticamente como una telenovela, por capítulos y con un elenco fijo, formado por personas del lugar que hicieron un casting y tenían un talento especial para la actuación.

Ese lugar, especie de granja, tenía caballos, una vaquera donde se ejercía el ordeño y hacían queso a diario para vender a los empleados. También tenía tractores para el trabajo de las tierras, aulas de clase, habitaciones como un pequeño hotel, cocina donde diariamente se hacían almuerzos para todos los que allí trabajaban. Era una dependencia que ya caminaba por su cuenta y que no tenía una justificación en ese momento, quizás la tuvo tiempo atrás, pero ahora lo ponían a la orden de José Antonio para que ajustara su proyecto, por el cual habíamos venido.

Tenía unas diez viviendas, bien preparadas, para una parte del personal directivo y administrativo y allí fuimos nosotros a vivir después de pensarlo con calma.

¿Por que mudarnos si en Tucupita nos sentíamos tan bien? Por la razón más importante, las muchachas comenzaban bachillerato y ya las tertulias diarias en la casa de calle La Paz no eran tan convenientes, pues al salir del liceo había que estudiar y hacer trabajos y necesitaban un grado de recogimiento.

De todas maneras Tucupita estaba a quince minutos, solo teníamos que cruzar el caño Manamo en curiara o lancha. Tenía un embarcadero y de la isla había viajes cada media hora. Salían dos lanchas, una más grande y lenta donde cabían como veinte personas y tardaba quince minutos, y otra más pequeña y rápida que solo duraba diez minutos con capacidad para nueve personas.

Todo el personal que trabajaba en Isla de Guara y vivía en Tucupita tenía que usar este transporte. Para ir al colegio y liceo nuestras hijas, debían ir también en curiara, para hacer mercado, ir al médico o reuniones escolares o cualquier diligencia personal, de igual manera, era la única forma de estar en contacto directo con la ciudad.

Como es de imaginar, las aventuras no terminaban y algunas comenzaban por habernos ido a vivir un poco más lejos de la civilización.

Sonia vivió una etapa deliciosa, aprendió a montar a caballo, tal fue su fiebre que su papá le compró uno y ella lo tenía y lo quería como a un hijo. Madrugaba y antes de ir al liceo iba a la vaquera a aprender ordeñar y a hacer el queso, también se metía en la cocina, cualquier actividad que sucediera allí era la primera que estaba, por supuesto cuando no tenía clase. Acompañaba al tractor, si acaso salía a hacer algún trabajo, o los seguía montando a Trovador, que así se llamaba su caballo.

Yo seguía con mi vida dedicada a la familia, ya tenía cuatro hijos de diferentes edades y me ocupaban tiempo, considerando que Tomás Alberto el más chiquito, era todavía un bebé de año y medio y requería de mi continuamente.

En las noches, las diez casas habitadas que tenía la granja reunían algunos niños y adolescentes, y los adultos nos dedicábamos a dar clases de aquello que cada quien



sabía y todas las noches las teníamos ocupadas, con clases de fotografía, de teatro, de pintura o de flauta. Inventamos esto para tener ocupados a los niños, pues si bien allí se estaba gestando una televisión de circuito cerrado, no teníamos la televisión comercial.

Vivimos dos años más en esa especie de paraíso terrenal, pero como todo proyecto que se hace con el gobierno llega un momento que se detiene o se desvirtúa.

Después de un tiempo, la granja se convirtió en un lugar donde traían visitas, servía de exhibición a directivos de la corporación o de propaganda política. A José Antonio le preparaban reuniones para explicar todo aquello que se pretendía hacer y que ya estaba caminando, pero que no tenía resultados concretos y ya pretendían multiplicarlo y repetirlo en otros estados. Viajaba mucho y nos dimos cuenta que se alejaba totalmente de aquello que nos había llevado allí: darle herramientas al campesino y nuestro crecimiento personal.

No veíamos con frecuencia el campo y su gente como lo habíamos imaginado, porque aun estando inmersos en él, el verdadero motivo que era el hombre, se nos estaba

escapando de las manos. Surgían también los problemas intestinos dentro de las dependencias del gobierno que siempre aparecen al hacer algo diferente y las personas de alto nivel que querían torcer la manera de llevarlo a cabo.

Lentamente nos dimos cuenta que ya nos estábamos tan felices. Y mi conciencia hacía ya un tiempo que estaba intranquila reclamando que nos habíamos desviado del verdadero camino.

VI

Fueron coyunturas de buscar de nuevo los inicios, ¿por qué habíamos llegado al Delta? muy concretamente me contestaba "quería vivir más cerca la opción por los pobres" y buscaba la manera, estaba segura que por ahí iba a llegar, pero me sorprendió que fuera así con tanta dureza. Era el momento de dejarlo todo, de no hacer concesiones, de ir al lugar deseado. Pensé que sería bueno pasar un tiempo cerca de los Hermanos del evangelio, nuestros amigos, sencillamente "estar" y allí comenzar el verdadero camino. Ahora me tocó decidir a mi. Lo que yo quería era llegar a vivir cerca de los más vulnerables, sin intermediarios, como en este caso fue el proyecto de televisión educativa y el gobierno de por medio, creyendo que sí se iba a poder hacer.

José Antonio trabajando en la CVG hizo un pequeño equipo a los cuales había podido transmitir su entusiasmo y su pasión por lo que estaban haciendo. Al querer renunciar tenía que darles una explicación más profunda y habló con ellos, les dijo de su renuncia y que quería probar el vivir más cerca y con más verdad el mundo campesino. De entrada nos iríamos al Estado Lara que es donde estaba viviendo Arturo. No estábamos seguros. Así les hizo saber. Sin pensarlo mucho cuatro compañeros le dijeron "iremos contigo, también queremos seguir en este proyecto si podemos acompañarte". Entonces nos sentíamos responsables por ellos y sus familias, y José Antonio con esa nueva fuerza se entusiasmó pronto y se animó a buscar la forma para conseguir la subsistencia de todos. Ya sin televisión educativa, ahora se trataba de trabajar directamente con el hombre del campo, insertados dentro de su mundo.

El primero que renunció al puesto burocrático fue José Antonio, esos años había trabajado con tanto entusiasmo que no tuvo vacaciones. Tenía uno meses acumulados para ir estudiando la manera de cómo íbamos a dar los siguientes pasos. Fueron muchas reuniones y mucho entusiasmo.

Mientras tanto los cuatro compañeros que iban a venir con nosotros no renunciaron juntos a sus cargos. Se irían retirando poco a poco, según se iba resolviendo donde íbamos a instalarnos y determinar cual era exactamente nuestra búsqueda..

Ya no se trataba de solucionar solo la vida de seis personas, ya éramos en ese momento cinco familias y un soltero, hermano de uno de ellos. La idea de hacer una cooperativa surgió de parte de todos, era la figura que podíamos tomar y que serviría para invitar a otras familias de la zona que desearan unirse.

Según estudios de tierra, junto con una visita que José Antonio tuvo mientras estaba trabajando en la corporación, las había excelentes en la zona de La Paragua, pueblo minero del Estado Bolívar, al que se llegaba por una carretera que desde Ciudad Bolívar pasa por Ciudad Piar y termina en el pueblo de La Paragua. Allí había tierras excelentes para ponerlas a producir.

Se hicieron algunos viajes, visitando a personas conocidas y tratando de involucrar a quienes tenían tierras de la reforma agraria que estuvieran ociosas y el grupo pudiera lograr que fueran productivas, a fin de cuentas, contábamos con un ingeniero agrónomo, tres peritos y un camionero.

Mientras tanto seguimos viviendo en Tucupita, haciendo reuniones y viajes para que al llegar el siguiente año escolar estuviéramos ya destinados a donde realmente íbamos a trabajar y vivir.

El trabajo hecho con ganas da sus frutos y justo en un mes de septiembre del año 1978 ya estaba todo encaminado, un señor de buena voluntad de la zona de apellido Campo Elías, tenía unas cuantas hectáreas que estaba dispuesto a prestarle por los momentos a nuestra cooperativa para más tarde venderle las bienhechurías.



Yo no abandonaba mi sueño de vivir un corto tiempo cerca de los Hermanitos del Evangelio, que tenían el noviciado en un pequeño pueblo de la zona de Sanare llamado Bojó en el Estado Lara. Trabajaban la tierra junto con campesinos en una cooperativa de producción agrícola. Todo iba ajustándose. En ese estado el cooperativismo estaba en un momento de auge especial, allí había cooperativas de transporte, funerarias y agrícolas. Nuestra presencia tenía ya un objetivo: aprender cómo era su buen funcionamiento, vivir y comenzar a hacer una buena pasantía en la Cooperativa de Las Lajitas, que la formaban campesinos de Bojó y Monte Carmelo.

Enseguida José Antonio entendió la manera de ser útil tanto en las cooperativas agrícolas del Estado Lara como en las del Estado Bolívar. Por un tiempo se trasladaron hortalizas directamente del mundo campesino al mercado de mayoristas de Ciudad Bolívar, con los camiones de la Cooperativa Auyantepuy que era una asociación importante de alimentos dentro del mundo del cooperativismo. Nuestro amigo camionero se ocupó de estos viajes.

Entonces en teoría, unos compañeros irían a La Paragua, vivirían en un pequeño pueblo que se llama El Cristo para comenzar a trabajar la tierra y otros iríamos a Lara para

aprender del mundo cooperativo y dentro de mi corazón, para aprender de la humildad y el amor que el grupo de los Hermanos de Foucauld daba a los campesinos del pueblo donde estaban instalados. Para mi sería un tiempo de preparación y me daría herramientas y fortaleza para comenzar a vivir la vida "siguiendo a mi conciencia".

Lo difícil era decírselo a mis padres, ellos que había emigrado a Venezuela desde España con sus hijas, para vivir en un país con más ventajas económicas, buscando precisamente esta superación, no podían entender que nosotros como familia estando económicamente tranquilos, pudiéramos buscar el vivir con limitaciones y acompañando a los más desposeídos. Yo tampoco tenía argumentos para explicarles. Y había que comunicárselo antes de comenzar la nueva aventura. Sabía perfectamente que no lo iban a entender.

VII

El hablarlo con mis padres fue algo muy fuerte, no estaban de acuerdo y no entendían en absoluto nuestras motivaciones, les pedimos que intentaran comprendernos, que en realidad queríamos vivir en la sencillez como ellos lo habían hecho y creíamos que era bueno para nuestros hijos, que no buscábamos una educación por excelencia de la más costosa, pero si de buena calidad en cuanto a valores, sentimientos y amor por los demás. Estaban demasiado cerrados, aun cuando sabían que tampoco podían hacer mucho pues nos veían muy decididos y ya José Antonio había renunciado a su cargo público.

Mi papá queriendo salvar a su hija decía que el culpable era José Antonio, mientras que mi madre siempre más justa, argumentaba que no, que si eso que estábamos haciendo era una locura, éramos culpables ambos pues en los dos ella veía el mismo entusiasmo.

No dejaron de hablarnos, igual íbamos a visitarlos con frecuencia y nos recibían contentos, pero demostraron su inconformidad al no querer venir nunca al nuevo domicilio. Siempre pensé que ellos se lo perdieron, pues les encantaba visitarnos en el lugar que estuviéramos viviendo y José Antonio iba a Caracas a buscarlos y así pasaron vacaciones en Maracay, Barcelona y Tucupita, ellos viajaron por el país por nosotros,

porque cuando llegaban a visitarnos los paseábamos por la zona para que conocieran, en realidad ellos solos no salían mucho de Caracas. En este caso no conocieron la belleza de Sanare con sus montañas, sus campos de hortalizas, su vegetación y sus puestas de sol.

Se les fue pasando, pues a pesar de todo veían no solo que no estábamos locos, sino que nuestra familia era feliz y nuestros hijos crecían contentos, equilibrados, con muchas ilusiones y nosotros les prometimos que ellos iban a estudiar en la universidad y que elegirían libremente sus destinos.

Fue un tiempo triste pues siempre me llevé muy bien con ellos y era fundamental para mí el tener su aprobación, pero esa vez no fue así. Sobrevivimos y ellos también.

Cuando cambiamos otra vez de domicilio al Estado Bolívar, ya estaban totalmente contentos y fueron una gran cantidad de veces y pasearon por sus carreteras, nos bañamos en sus ríos y pasamos momentos deliciosos en la parcela.

En Sanare estuvimos dos meses viviendo en casa de Arturo en una comunidad cercana llamada Monte Carmelo, que es donde él tenía su vivienda. Digo que tenía su vivienda, pues se la pasaba siempre en cualquier lugar menos en su domicilio. Siempre estaba viajando. Yo que quise ir a esa zona por estar cerca de él y no estuvo en su casa durante esos dos meses, el tiempo que vivimos mientras encontrábamos una vivienda para nosotros. Pero también fue muy bonito. En ese momento estaban de visita, de paso y conociendo la cooperativa o la zona, varias personas con las que creamos una buena amistad y luego fuimos amigos por muchos años.

Yo comencé trabajar en la cooperativa de Las Lajitas. Allí limpié la maleza de azucenas, trabajé en la cocina y coseché fresas. Empecé mi pasantía en el trabajo del campo y a relacionarme, por fin, con los habitantes de esa comunidad.

Buscamos vivienda y conseguimos una que se ajustaba a nuestras necesidades y la pusimos en condiciones para poder traer los muebles y mudarnos. Tampoco estábamos urgidos, pues en casa de Arturo, en Monte Carmelo, nos sentíamos muy bien.

Y al fin al terminar las vacaciones escolares hicimos la mudanza de Tucupita, Territorio Federal Delta Amacuro, a Sanare, estado Lara.

Ya había aprendido que esta mudanza tenía que ser muy diferente. La de ahora era mudanza de pobres. Lo llevó todo el camión 350 que el grupo de la cooperativa había comprado, con la ayuda de un abogado que siempre fue amigo del grupo, y que con sus conocimientos nos ayudó muchas veces ante problemas legales que no sabíamos cómo resolver.

Nos íbamos a vivir a una pequeña comunidad campesina en los alrededores de Sanare, llamada Sabana Grande, no creo que tuviera mucho más de cincuenta viviendas y buscábamos que nuestro nuevo domicilio fuera tan sencillo como los demás.

Sabana Grande está situada a los dos lados de la carretera que va de Sanare al Tocuyo, todas sus casas están bordeando el camino, por allí transitan coches y bastantes camiones de hortalizas y papas, que es lo que se cultiva en la zona.

Alquilamos una casita de vivienda rural que estaba en un pequeño camino de tierra, poco transitado, que desembocaba en la carretera principal. Allí se oía el vuelo de un pájaro o el sonido del viento que a veces azotaba el lugar, el silencio era muy impresionante y llamaba a la oración.

Delante de la vivienda había un patio de tierra donde Aliana inició un pequeño huerto. La casa tenía tres cuartos, una pequeña sala, una cocina de mejor tamaño y un baño. Redujimos nuestro mobiliario para estos espacios, de nuestra habitación llevamos la cama y un pequeño mueble de gavetas para ropa. Aliana y Sonia dormirían juntas en otra habitación, para ellas la litera que debajo tenía una tercera cama, por si acaso llegaba alguna visita, una mesa de trabajo y una biblioteca y en la otra restante la cuna de Tomás Alberto, la cama de Milagros y un mueble para ropa.

En la pequeña sala pusimos una mesa con sillas para que nos sirviera para comer y atender visitas y una biblioteca, el espacio era muy pequeño. Y en la cocina, el lugar donde uno pasa la mayor parte del tiempo, la nevera, cocina y una mesa de pantry para trabajar al preparar los alimentos. Tenía muchos estantes para poner ollas, sartenes, platos, vasos, en ese particular estaba bien dotada.



Todos los espacios tenían una ventana bastante grande, con puertas de madera y al cerrarlas se oscurecía todo, pues no tenía vidrios, pero al abrirlas el paisaje entraba de una manera abrumadora y era tan hermoso, que pasaba a ser un valor en esa sencilla vivienda.

En Tucupita dejamos los cuadros junto con el resto de muebles sobrantes. Otros los dejamos en las casas de nuestra familia. En verdad redujimos nuestra mudanza a lo mínimo. Yo me iba sintiendo totalmente en armonía con los vecinos que nos rodeaban.

El clima era bastante frío, pues estas comunidades están en las montañas y al subir de Barquisimeto, que es una zona caliente, en cuestión de una hora el clima y la vegetación cambian por completo y parecía que estábamos en cualquier pueblo de Los Andes. En las tardes y en las noches se usaba ruana y a veces la neblina entraba por las ventanas y el paisaje se desdibujaba por la niebla. Salir a la carretera y ver la puesta del sol era un espectáculo increíble y una diversión para nosotras, que no desaprovechamos ningún día si teníamos el tiempo disponible.

En Sanare, el pueblo más importante que aglutina todas estas comunidades que están a su alrededor, había un liceo en donde Aliana y Sonia estudiaron durante un año y cosecharon una buena cantidad de amigos. También había varias escuelas, y Milagros estudió cuarto grado en una de ellas, que era bastante buena. El primer año en Sabana Grande la inscribimos en la escuela rural que estaba al lado de la casa y en verdad fue una pérdida de tiempo, pues esta escuelita sí era muy deficiente.

Cuando llegamos teníamos dos perritos, uno era un salchicha, se llamaba Pongo y era mío. El otro era un pekinés llamado Wini que era de las muchachas. Nada más instalarnos, surgió un problema. Las casas no tenían cerca y Pongo era un perrito muy libre que salía y entraba en nuestra vivienda de Isla de Guara, pues allí la distancia entre una casa y otra era enorme y cada una tenía grandes jardines. Aquí en Sabana Grande estaban todas muy cerca con algo de terreno alrededor pero nada que las separara, y las personas que allí vivían tenían costumbre de tener sus pollos a veces en jaulas pero también sueltos alrededor del patio. A Pongo, que era un perro con antecedentes de cazador, le dio por correr y perseguir a cuanta gallina o pollito se encontraba cerca o lejos también, así que por instinto en dos días mató a más de uno y me dediqué a pagar los daños a cada vecino donde Pongo había cometido una fechoría. Yo amaba mucho a mi perro, pero no podía tener un animalito que me alejaba de aquellas personas a las cuales deseaba conocer y ser aceptada como una buena vecina. Se lo regalé, con dolor, a un amigo de las muchachas que lo quiso desde el principio y vivía en una casa donde podían impedir su salida y no vivir como era su costumbre, libre como el viento. Yo lo visitaba de vez en cuando y él nunca me olvidaba.

La historia de Wini fue un poco más triste, pues este canino también venía con la costumbre de ser libre pero no cometía fechorías como Pongo, él sencillamente se iba a otra casa y se quedaba dos días, también se metía en el carro del portero de la escuela a dormir, éste se lo llevaba a otra comunidad, pasaba la noche y regresaba tan tranquilo al día siguiente cuando el portero volvía a su trabajo. A veces a las nueve o diez de la noche, llegaba llamando con ladridos para que le abriéramos, se volvió un perrito que era de la comunidad más que nuestro, todo el mundo lo quería y los vecinos me decían, "está aquí" o "lo vi en tal parte" pues en los pueblos los perros tienen sus dueños pero ellos van sin correa tranquilos siguiéndoles, solo que Wini seguía a más de uno.

En una oportunidad en la que Milagros se perdió, yo iba tan nerviosa y apurada por la carretera cuando un carro que pasaba me llevó a Sanare y yo, tan desesperada, no me di cuenta de que el perrito me seguía y debió de quedar solo cerca de la comunidad, era tan bonito que estoy segura que lo vieron desde un carro y se lo llevaron y como él tenía costumbre, pues se fue confiado. Nunca lo encontramos por más que hicimos una búsqueda exhaustiva, tampoco el cuerpo de que lo hubiera atropellado un vehículo.

Además en aquella comunidad no había secretos, cualquier cosa que le hubiera pasado en la calle alguien lo habría visto, pero nadie supo más de él. Pensé que se lo llevó alguna familia y fue feliz pues Wini se acostumbraba fácil con cualquiera, era encantador, todo esto en verdad es una hipótesis y como sucedió en un momento dramático en el que Milagros estaba perdida, el encontrarla ya fue gran alegría para todos.

Cuando comencé estas memorias quería hacer verdadero énfasis en mi sentimiento, en mi manera de entender y proceder de como seguir a mi conciencia. Especialmente en los inicios lo tenía presente en todo, era como si ese pensamiento dominara mi vida y no para inquietarme, atormentarme o hacerme infeliz sino al contrario en todo veía a Dios, y donde lo encontraba de la manera más firme era en los ojos de mis hermanos, especialmente los más sencillos y en ese momento estaba totalmente rodeada ellos.

Estoy segura que allí en la comunidad de Sabana Grande, rodeada de mi esposo e hijos, viéndolos a ellos felices, y entendiendo justo en ese momento por qué estábamos allí, fue una de las épocas de mi vida en la que fui más feliz, más realizada, más clara en mis objetivos y más segura de que hacía lo justo.

VIII

Mi vecina directa era la señora Eladia, el esposo y los cinco hijos. Marginales dentro de los campesinos. Fue con la primera persona que conecté, aun cuando me costó un poco, pues era muy tímida y tomaba café de pie en la puerta, mientras le preguntaba por los muchachos o me contaba algo de la comunidad. En principio no se atrevía a entrar a nuestra casa.

Con el tiempo descubrí que el esposo tomaba alcohol con frecuencia y en esos momentos se volvía como loco y echaba a todos de la casa, como estábamos cerquita, se acostumbraron a venir a la nuestra cuando él llegaba en malas condiciones. Yo ponía a jugar a los niños y tomaba café con ella. Cuando veían que su vivienda estaba tranquila y en silencio, imaginaban que ya se había quedado dormido y regresaban todos cautelosamente.

Tomás Alberto jugaba mucho con dos hijos de ella y una niña pequeña, ellos venían atraídos por los juguetes de Tomás.

En este tiempo fue que Tomás Alberto con apenas cuatro años y medio se enfrentó de repente con la realidad de su adopción. Un día me contó que sus amiguitos le habían dicho que su papá no era su papá sino su tío. Yo pensé que había llegado el momento de hablarle con verdad. Le dije de la manera más sencilla que sí era su papá y yo su mamá, pero que así como los niños nacían en las barrigas de las mamás, él había nacido en mi corazón. Yo necesitaba un bebé y él necesitaba una mamá y por eso nos habíamos encontrado los dos. Él me preguntó "¿y mi mamá?", le contesté: "ella se tuvo que ir, y algo le pasó que no regresó" Yo tampoco tenía más información. Mientras teníamos esta conversación, Tomás Alberto estaba acostado en el suelo con las manos detrás de la cabeza y muy sentencioso comentó: "Tan cómica mi mamá, me pare y se va". Yo le traté de decir que no sabíamos qué le había sucedido y que quizás se había enfermado en algún lugar y ya no había podido regresar. Y aquí terminó nuestra conversación. En los días siguientes, muy manipulador, cuando lo reprendía por alguna cosa, él me decía con astucia "¿Para eso querías un bebé, para pelearle en cada momento?".

Mi meta era establecer buenas relaciones con la comunidad, además yo tengo un carácter que no soy fácil, soy tímida, pero entonces estaba dispuesta a todo, había llegado al lugar deseado, tenía a la mano a las personas con las cuales quería relacionarme y era mi momento, Dios me había facilitado el camino y me sentía que no lo podía perder. Sólo quería estar ahí. En realidad no tenía planes. Únicamente quería acompañar. ¿Pero sería en verdad ésto sólo lo que tenía que hacer? No lo sabía, sólo tenía la seguridad de que me hallaba en armonía interior. Estaba en una búsqueda de Dios

y tenía la certeza de que Él estaba con ellos, con los más pequeños y yo había logrado encontrarlos.

El noviciado de los Hermanos de Foucauld me ayudaba y reconfortaba, no era yo sola la que tenía esa búsqueda, asistía a sus misas y encuentros eucarísticos que tenían con los vecinos de Monte Carmelo. Todo esto lo había soñado en Caracas y después de unos años me llegaba, me parecía un sueño el vivirlo.

Hice relación con familias, con personas de mi edad, otras mayores, visité casas donde me invitaron, tomé montones de tazas de café, pues en el campo también es símbolo de amistad, se ofrece a los amigos. Fui a fiestas, allí se bailaba mucho con la música de violines donde los mismos vecinos tocaban este instrumento, el baile es parte de la fiesta y para mi era toda una diversión.

Las muchachas por su cuenta también comenzaron a hacer sus relaciones, en Sanare había jóvenes de su edad que las acogieron con alegría y cuando comenzaron las clases ya conocían a unos cuantos compañeros.

También enseguida entraron a un grupo de tamunangue, baile típico de esta zona, y el grupo de música estaba compuesto de mujeres y pronto estaban cantando y bailando en fiestas patronales y reuniones culturales. Este es un estado donde la cultura popular va de la mano de San Antonio que es el patrón del lugar. Son profundamente religiosos y aman las tradiciones.

Allí vivimos dos años intensos, yo tuve talleres de creatividad infantil en Monte Carmelo, Palo Verde, San José y Sabana Grande, tenía a veces todos los días ocupados, reunía en un local que alguien de la comunidad me prestaba, a niños de entre seis y catorce años y pasábamos la tarde pintando. Hice un proyecto que presenté a los jesuitas en Barquisimeto, y me dieron materiales, como pintura, pinceles, papel, marcadores y tijeras. Y a los niños les encantaba. Enseguida tenía un montón de pequeños en cada comunidad. Por supuesto que donde entregaba más tiempo era en Sabana Grande, donde vivíamos. Allí me prestaban un aula de la escuela en las tardes, cuando ya habían terminado las clases. Ensuciábamos mucho, pero los mismos niños que tenían tanto entusiasmo, dejaban el salón limpiísimo para las clases del día siguiente.

Aliana y Sonia hicieron un teatro de títeres y prepararon algunas obras que representaban en las fiestas de las comunidades cercanas, donde trabajamos junto con un grupo de estudiantes de Barquisimeto y personas de la zona interesadas en la cultura popular. Esto también lo hice con gusto.

Tuve experiencias que no puedo olvidar, por ejemplo una señora que su casa estaba en la misma carretera, me ayudaba con las muchachas para que fueran a sus clases en el liceo, cuando por algún motivo José Antonio no podía llevarlas, ella detenía aquellos vehículos de personas conocidas en las cuales confiaba para que pudieran dejarlas en Sanare, a veces era en camiones de papas. Eso en principio, cuando nosotros todavía no conocíamos a nadie.

En una oportunidad en la que José Antonio no estaba, pues andaba por Ciudad Bolívar, comenzó un vendaval tan fuerte que de pronto arrancó una lámina de tejalí del techo del cuarto de Milagros y Tomás Alberto. Al mirar hacia arriba vimos un tremendo hueco enorme y que además se avecinaba un fuerte aguacero. Me asusté mucho, me vi como una damnificada, llena la casa de agua y sin ropa y muebles. Entonces salí corriendo buscando ayuda en algún vecino, le conté al primero que vi y buscó una escalera, una lámina de cinc y otros materiales, rápidamente se subió al techo de la casa y lo arregló de manera que cuando el agua comenzó, ya no tenía oportunidad de meterse en el cuarto. Todo fue tan oportuno que no sufrimos ninguna consecuencia y me sentí arropada por la solidaridad de mi vecino. Cuando le pregunté cuánto era por ese trabajo tan efectivo y oportuno, me dijo que una torta de esas que yo hacía tan ricas. Se la hice con mucho gusto y agradecimiento, tampoco mi torta era tan especial, pero me la pidió para que sintiera que era una contraprestación con un trabajo manual mío. Eso era algo muy común allí, los vecinos se ayudaban en circunstancias de necesidad, igual podía ser que al cocinar te faltara algo, como un huevo o azúcar o un poco de aceite, se pedía a la vecina más cercana y si tenían, no había problema, sabías que serías asistida, también me preparé yo, en cualquier momento podían buscar algo de mi despensa.

Sucedió algo que me hizo darme cuenta de mi poca capacidad de ser útil. La señora Eladia estaba embarazada a punto de dar a luz. Todo el tiempo estábamos pendientes de llevarla al hospital si comenzaba su parto. Pero sucedió justo una noche cuando José



Antonio se había ido de viaje. Tampoco estaban ni Aliana ni Sonia, me encontraba sola con los dos pequeños.

El esposo de la señora Eladia, esa noche, que era el día anterior al día de la madre, estaba totalmente borracho. El era el que tenía que ir a buscar a alguien que tuviera vehículo para llevarla, pero realmente no contaban con él. Y comenzó el parto a eso de las once ya oscuro. Yo no supe qué hacer, en la comunidad la gente dormía. Los niños y una adolescente acompañaban a la parturienta, por ellos me enteré de todo como a las 12 ya terminando el día, una chiquita vino a buscar una tijera, toda contenta y así supe que ya había nacido, pero no solo me sentí inútil, estaba muerta de miedo y paralizada, no fui capaz de ir a su casa.

El susto me tenía tan incompetente para ayudar, que no hice nada, solo rezar pidiendo ayuda a Dios de que no la abandonara. En la mañana temprano ya estaba allí una comadrona de esas de campo que saben traer al mundo niños con toda facilidad si los partos son sencillos. En realidad ella llegó cuando todo estaba resuelto, se trataba de ver

si el ombligo estaba bien, de hacer las prudentes limpiezas y poner los antisépticos necesarios.

Yo, con el alma atormentada por mi cobardía, amaneci preparando sopa para mi vecina y buscando dentro de mis pertenencias ropa, paños y cobijas para el niño que acaba de nacer, imaginaba que eso sería de alguna utilidad. Y con esas pequeñas ayudas me presenté en su casa. Ya en la mañana estaba animada para acercarme y ayudar en lo que fuera necesario. Siempre hice un servicio, las carencias son tantas para la gente sin recursos, que cualquier ayuda es buena. Yo me ocupé de alimentarla con comida caliente y las cobijas que le llevé también hicieron un buen trabajo. Seguí muy pendiente de la señora Eladia, ya eso sí podía hacerlo, pero un parto a media noche, en verdad me quedaba demasiado grande, el miedo y la cobardía me paralizaron y me di cuenta de lo pequeña que era y con el tiempo me perdoné. En el día hubiera recorrido la comunidad buscando ayuda. Pero nunca olvidaré cómo abandoné a mi vecina con su marido ebrio y su parto en plena actividad. No sé quién cortó el cordón umbilical, si fue ella misma o los hijos, que por lo visto estaban más acostumbrados que yo a esos menesteres, yo no fui capaz ni de ir, la oscuridad de la noche y mis hijos pequeños solos en la casa fueron una manera de excusarme a mi misma para no ayudar en momentos tan difíciles. Me decía que no podía, pero no era eso, era el miedo a una situación que me asustaba de una manera enorme. Estaba aterrada.

Después de un año Aliana y Sonia siguieron sus estudios en Caracas, ellas querían ir a Barquisimeto, para no estar tan lejos de nosotros, pero allí estarían solas y en Caracas vivirían con los abuelos y además, podíamos elegir un liceo mejor. En esos momentos buscaban terminar un bachillerato de un año más pues les daba la posibilidad de trabajar dando clases en primaria. Luego años más tarde eso cambió y había que estudiar magisterio, pero entonces ellas pudieron dar clases durante unos años y ganarse la vida como querían mientras estudiaban en la universidad. Siempre fueron muy independientes y orgullosas de poder mantenerse.

Los compañeros que estaban con nosotros en el estado Lara, después de un año de pasantía y luego de una reunión que tuvimos todos los que estábamos formando la nueva

cooperativa, se marcharon ya definitivamente a vivir en el estado Bolívar, donde luego iríamos también nosotros.

Yo estaba intransigente con la meta que me había propuesto, quería pasar dos años cerca de Arturo Paoli, que dentro de sus viajes aterrizaba de pronto en Monte Carmelo y me sentía que era la última oportunidad de compartir con él, una persona que me había ayudado a centrar mi existir y que fue tan importante en mi vida. También estaba cerca de Pedro, el hijo que tuve en custodia durante un buen tiempo cuando viví en Tucupita. Fue realmente bueno, una vez que me marché tardé muchos años en volver a ver a Arturo pues yo estaba muy lejos de Monte Carmelo y Pedro siendo muy joven aun, y ya papea de dos niños pequeños tuvo un accidente y murió en forma repentina junto con su pareja por lo tanto nunca más volví a verlo. Esto me dolió.

Con Arturo logré encontrarme después de muchos años en Caracas, fue cuando él ya tenía más de ochenta, recuerdo que yo quería protegerlo y él se molestaba, no le hacía gracia depender de nadie y sentía que se bastaba solo. Ahora lo entiendo, cuando estoy a un paso para cumplir yo los ochenta míos.

Como las muchachas ya se habían ido a Caracas quedamos solos con Milagros y Tomás Alberto. José Antonio viajaba mucho, comenzaban las actividades de trabajo en la parcela y el asentamiento del grupo en la zona. Me tocó enfrentar la vida apoyada con los vecinos de Sabana Grande y en verdad mientras él no estaba, sabía que tenía protección.

Y sola con mis pequeños pude vivir un poco la vida contemplativa y de acompañamiento con los más sencillos por la cual tanto había peleado.

IX

Y llegó el tiempo de otra mudanza. Y viajamos para la tierra deseada. Allí estaban nuestros compañeros, aquellos que abandonaron su trabajo junto con José Antonio con la ilusión de trabajar y poder ayudar en el mundo campesino. Por esas casualidades de la vida, Mireya la esposa de Aníbal -perito agrícola-, era enfermera graduada en Cumaná y pidió traslado al Cristo de la Paragua. Se lo dieron pues no tenía enfermera aunque sí

había una enfermería. Por ahí estábamos muy bien, el pueblo ganó y para el grupo era una ayuda fabulosa y una buena manera de entrarle a la comunidad.

Mientras tanto ya habíamos formado legalmente la cooperativa, tenía un nombre que por unanimidad le pusimos Tujumoto, que en maquiritare, una tribu indígena venezolana, significa "trabajar juntos".

Llenos de emoción y de entusiasmo en junio del año 1980 llegamos a vivir en El Cristo, un pequeño pueblo en el Estado Bolívar al sur de Venezuela.

Este lugar es un pueblo situado entre Ciudad Piar y La Paragua con un máximo de cuarenta viviendas. Allí todo el mundo vivía del trabajo de la tierra. Era una zona maicera totalmente y casi todos tenían conuco, pero siempre con riego a través de los ciclos de la lluvia. Nosotros íbamos a sembrar hortalizas, con pequeñas bombas de riego en las zonas que tenían lagunas, que eran bastantes y en las tierras que estaban a la orilla del río. La idea era que entendieran que podían sacar más rendimiento de la tierra si usaban la tecnología. Queríamos ser un grupo que podía transmitirles el conocimiento a través de nuestra experiencia y si alguno quería unirse a la cooperativa estábamos abiertos.

Había un señor en la comunidad que construía casas, como las hacen en el campo, con materiales del sitio, madera cortada de los árboles de la zona y bahareque con la tierra húmeda, paja y palos del lugar. A él le pedimos que hiciera la nuestra. Solo hacia tres modelos, que se diferenciaban en la cantidad de espacios, elegimos una que tenía tres cuartos, el recibo, comedor y cocina. El baño y ducha, como lo hacen en el campo también, a una distancia considerable de la vivienda dentro del patio interno. Pusimos un pequeño tanque para recoger el agua que bombeaban desde uno grande perteneciente a la comunidad y la daban durante una hora todas las mañanas, pero fue inútil, la mayor parte del tiempo no tenía suficiente fuerza para llegar a la altura de nuestro tanque y tuvimos que resolver como la mayor parte del pueblo, con tambores encementados, uno para el agua potable y otro para el uso de los servicios de cocina, baños y lavadora.

Tardó como dos meses en terminar nuestra vivienda, y encementó la pared de toda la casa por dentro y por fuera, el techo era de láminas de zinc. Nos hubiera gustado de techo de palma pues era lo que armonizaba con la zona, pero atrae muchos insectos.

Realmente quedó como la vivienda de cualquier campesino. A nosotros nos encantó. Era bastante amplia, fresca y agradable y teníamos varias partes en ella donde colgar chinchorros. Ya podían visitarnos quienes quisieran, todos cabríamos sin problemas.

Milagros y Tomás iban a un colegio de monjas en Ciudad Piar que estaba como a 90 kilómetros del pueblo y tenían que madrugar bastante para estar a la hora.

En la cooperativa teníamos el lema de "trabajar juntos" pero vivimos cada uno en el lugar donde encontramos una vivienda de nuestro gusto. Claro que en domingo o días festivos con frecuencia, nos encantaba cocinar en una casa y reunirnos en los ratos de ocio.

Comenzó una vida diferente para nosotros, empezando por el clima, había cambiado por completo pues ahora era calor, sol y lluvia. Pero fue especialmente por la ocupación y las urgencias que requiere el trabajo de los cultivos. Hacer semilleros, preparar tierras, sembrar, limpiar malezas, regar, poner nutrientes y herbicidas, cosechar y llevar al mercado, es un ciclo que comienza y hay que atender según las exigencias. Además, las hortalizas se siembran escalonadas y por lo tanto no hay descanso. Las mujeres también apoyábamos en momentos precisos.

Yo personalmente me organicé con mis talleres de creatividad con los niños, y daba otras clases con niñas adolescentes de tejido y de cocina, intentando aprovechar los excesos de frutas en los momentos de mayor productividad.

Por ejemplo hay una época que se dan las auyamas de una manera exagerada y muy hermosas, en el campo las usan para el sancocho o hervidas acompañando la comida, entonces hacíamos una crema y también una torta de auyama que ambas quedaba muy ricas, con las guayabas preparábamos mermelada para guardar y tener en la época que no hay frutos. Hacíamos lo mismo con los mangos. Más que nada se trataba de tener un grupito de niñas entretenidas, reunidas y pasando una tarde diferente y útil, haciendo algo que les agradaba y que al final lo comíamos entre risas y juegos. Cuando luego me encontraba alguna niña y me decía que en su casa había cocinado algo que hicimos en mis clases, me llenaba de orgullo y alegría.

Jamás aproveché estos momentos para hacer proselitismo político o religioso, solo quise siempre acompañar, estar allí, hacer amistad. Siempre fui fiel a mi deseo del principio y me sentía tan contenta y feliz que creí, ingenuamente, que moriría allí en ese campo amplio y hermoso con sus morichales y olor a mastranto. Y me agradaba, me parecía bien.

En las fiestas patronales había solo baile y cervezas. En la cooperativa nos ocupamos de atender a los niños e hicimos actividades para ellos, y esos días festivos lo pasaban felices. Juegos en las mañanas, carreras de morrocoyes, "palo ensebao", carreras de sacos, juegos de metras, y muchísimos más. Habíamos pasado el año consiguiendo regalos para estos concursos y darles premios a los ganadores. Lo hacíamos con tanto entusiasmo que creo que los organizadores lo pasábamos igual de divertidos que ellos. Supimos hacerlo con esmero y con orden.

Con las señoras de la comunidad hacíamos las piñatas, suficientes para que fueran pocos niños en cada una y que todos se llevaran su buen cotillón. Estas madres también lo disfrutaban mucho y lo hacían con placer y nosotros intentábamos involucrarlas y sacarlas de sus monotonías y hacerlas sentir que con su cooperación hacían una diferencia tanto para los resultados como para su misma diversión. El último día hacíamos una comida también para los niños, en Guayana lo típico es "el pelao" que es un arroz con pollo, preparado de una manera especial, plátanos, ensalada y torta.

También de este menú se ocupaban ellas, unas hacían el "pelao", otras los plátanos, las ensaladas y las tortas y todo quedaba muy exitoso, sólo para los niños, los de la comunidad y de otros pueblos vecinos, todos los que llegaban. Podían repetir cuantas veces quisieran, y si sobraba y ellos querían, les llevaban a sus mamás. Pero los adultos no podía ponerse en la fila, solo los pequeños. Los niños se sentían muy bien, sabiendo que esos tres días tenían programa completo. Estas fiestas infantiles llegaron a ser famosas en la zona y en la cooperativa nos sentíamos orgullosos de que todo había quedado bonito y lucido.

Yo me sentía tan activa y contenta, que mi conciencia no se ocupó de hacerse visible ni de llamarme la atención. En ese tiempo fui más activa que mística y en verdad que allí no tenía apoyos como los de Sanare, no fui a misa pues no había, solo estaba una pequeña



ermita que tenía poca actividad, pues de hecho no había sacerdote. Pero mi acción y el silencio del lugar me llenaban por completo, y el rostro de las personas que allí vivían me daban suficiente estímulo para rezar y ver en ellos la presencia de Dios.

Detrás de nuestra casa había una piedra inmensa que quedaba a una altura posible que se podía recorrer caminando y ver desde allí un paisaje de fondo ondulante y fresco con largos morichales, era una vista panorámica de una belleza extraordinaria.

Guayana es un estado donde están esas piedras oscuras y enormes, que dicen son tan antiguas como la tierra misma, las hay en muchos lugares, se levantan cual gigantes rompiendo con el paisaje y emergiendo de la vegetación.

En las tardes con frecuencia íbamos de paseo a esa piedra, casi de mi propiedad, para ver la presencia de la naturaleza y la puesta de sol. Prácticamente era solo mía pues a nadie en la comunidad le impresionaba ya que para ellos lo hermoso de lo natural era habitual. Pero yo la bebía con calma y me sentaba a admirar todo lo que desde allí se me

ofrecía a los ojos y al espíritu y era como estar en una silenciosa iglesia en oración. Allí tuve los momentos más contemplativos y religiosos de mis seis años vividos en esa zona.

Al marcharme definitivamente, fui a despedirme en sigilo de ella como de una amiga, de su solidez y toda la belleza que fielmente me había ofrecido y de los momentos de recogimiento que me había regalado en los tiempos vividos en esa tierra bendita.

El río Paragua es un gran caudal hermoso de agua navegable. A las orillas se crean pequeñas playas donde nos dimos deliciosos baños, era algo que tenía de festivo y dominguero e ir en familia, o en grupo con amigos, era un disfrute. Allí el sonido de la naturaleza era música celestial.

Cuando hacíamos viajes a la gran ciudad, y estábamos de regreso, se llegaba en autobús a Ciudad Bolívar y allí teníamos que montarnos en un taxi que hacía el viaje "por puesto" y cuando ya estaba lleno, comenzaba a rodar por una carretera más estrecha y con frecuencia más estropeada o dañada. Tenía la sensación de que me iba muy lejos. Disminuía el tránsito de una manera impresionante, y comenzaba a sentir en el ambiente un silencio y un olor que me hablaba de que me estaba alejando completamente de la civilización. Al mismo tiempo se iba abriendo un paisaje amplio, claro, con suaves ondulaciones y con un color verde y ocre, muy especial. Yo comenzaba a sentir que iba hacia la vida, como si ese pequeño pueblo fuera para mí todo lo que necesitaba para seguir respirando. Y fue así y me gusta escribirlo y que no se me olvide porque en ese pueblo fui feliz y plena en demasía. Era para mí como un escudo que me protegía de todos los males que me pudieran acechar.

Esos doce años fueron un paréntesis en mi vida, que yo había creído como definitivo, pero el tiempo me obligó a tomar el rumbo de regresar a la ciudad y convivir y ayudar a los míos, aun cuando ya había una realidad que estaba hablando por sí sola.

X

Allí se iba la luz con frecuencia. Lluve torrencialmente y algún poste de los cableados en las carreteras se cae o le sucede algún desperfecto. Como resultado se va la corriente

eléctrica y se queda a oscuras todo el pueblo. La van a arreglar con toda seguridad, pero pueden tardar dos o tres días y si es complicado puede pasar hasta una semana. Si acabas de comprar carne o te han regalado pescado, pues se sala y así puede guardarse por un buen tiempo, que al usarlo queda delicioso, para hacer pisillo, o con frijoles, o alguna sopa. Pero no aprendí a salar, eso es más de veteranas, de verlo hacer a los padres, que a su vez lo vieron hacer a los abuelos.

Y siguiendo con la cantidad de veces que se iba la luz, a mi me encantaba extender una camita de playa en medio del patio y acostarme viendo el firmamento. Es una contemplación maravillosa, no he visto cielo tan hermoso como el que se apreciaba desde el Cristo los días sin luz, cuando nada contaminaba el ambiente y la oscuridad era absoluta. Las estrellas brillan con destellos especiales, con una fuerza y un esplendor que te aplasta y al mismo tiempo quieres tocarlas y te sientes diminuta e intimidada ante ese techo lleno de brillantes que fulguran como luces explosivas y todo como al alcance de la mano. Viéndose clarito el dibujo de las constelaciones.

En aquellos años no había televisión, así que leí hasta el cansancio, las horas rendían pero nunca me aburrí, mi tiempo en el pueblo paraguero fue de gran calidad y lo aproveché y disfruté tanto que aún hoy después de treinta y cuatro años puedo pasearme en mi pensamiento por sus días viendo perfectamente un sin fin de momentos y situaciones que jamás recordaría del tiempo vivido en la ciudad.

A la parcela íbamos en grupo cuando había que unirnos para hacer un trabajo concreto y las manos de mujeres y niños eran necesarias. Por ejemplo sembrar, o atar tomates, o retirar maleza que por lo delicado del cultivo había que hacerlo manualmente, entonces íbamos todos y se convertía en un juego, en una fiesta. Al regresar estábamos todos sucios, sudorosos, llenos de cansancio. Queríamos llegar a la casa, bañarnos y sentir que la cena que íbamos a tomar era totalmente merecida y además esa sensación íntima tan grata de darte cuenta que has cumplido con un deber.

El ir a la parcela montada en la plataforma del camión me gustó siempre muchísimo. De pie, de frente, apoyada con las manos en el techo de la cabina, la velocidad crea un brisa fuerte que da en el rostro como si lo oprimiera con fuerza, pegando las ropas al cuerpo y

el cabello a la frente y mientras, el paisaje rueda a toda velocidad a los lados y la sensación era tan hermosa que yo desaparecía para convertirme en viento.

De vez en cuando en domingo o día de descanso el grupo nos reuníamos en la parcela y llevábamos todo lo necesario para comer allí. Casi siempre se hacía una sopa, se preparaba un fogón de leña y montábamos entre todos un sancocho con todas las verduras típicas de Venezuela, la yuca, la auyama, el ñame, el ocumo, el apio, con carne de res o con pollo, o con ambas, un "cruzao". Aunque lo hacíamos entre todos, la sazón siempre se la dejábamos a Edina pues ella hacía algo de un sabor y un gusto riquísimo que a todos nos deleitaba. Lo acompañábamos con pan de casabe que se elaboran con la yuca. Si queríamos alguna fruta, siempre encontrábamos mangos y guayabas en la parcela. Las mujeres, que íbamos con menos frecuencia, aprovechábamos para recorrer y ver los adelantos en las siembras que había en esos momentos, eso siempre nos alegraba y nos ayudaba a sentir la tierra como la madre que nos daba la vida. Era divertido, todos comiendo a la sombra de una mata de mango y conversando, haciendo bromas y los niños jugando alrededor y así pasábamos la tarde y al terminar el día regresábamos a casa contentos.

En una laguna de la parcela, la más pequeña, sembramos peces de río y fue un proyecto hecho junto con CVG. Se cultivaron y vinieron a evaluar el rendimiento y fue una buena experiencia. Logramos una buena cosecha y comimos y regalamos pescados.

Allí viví más calmada, no con aquella sensación de Sanare de sentir de una manera intensa que estaba donde quería estar hace tiempo, como una experiencia nueva. Entonces todo lo magnificaba, una visita a una nueva amistad, una caminata a Bojó, una conversación con un señor que me encontré en el camino, un día de trabajo en Las Lajitas. Todo tenía en mi una fuerza y la sensación de algo extraordinario. Ahora era como "soy de aquí, éste es mi lugar, aquí me voy a morir de vieja". Para todo me daba tiempo, para ir a casa de mis amigos, leer, mirar el paisaje, pasear en la tarde, jugar con los pequeños en la noche, al parchís, al scrabble, el tiempo era infinito, sin prisas y por supuesto lo normal, el día que tenía taller de creatividad con los pequeños, o de tejido y cocina con las muchachas o las mañanas tempranito que ayudaba a estudiar a los hijos de Edina, a Tomás y a los que quisieran unirse.

Allí calme mis ansias de "estar", de "acompañar", lo hacía de manera tan normal porque ya lo vivía con la naturalidad de que esa era mi vida.

Hubo una persona a la cual le dediqué mucho tiempo, era de la zona y se unió con Denis, un compañero de la cooperativa, con ella fue una relación familiar. Entonces tenía cuatro hijos, era más joven que yo, como diez o doce años menos. Fue una relación tan íntima, que nunca jamás nos hemos olvidado. Ella me llevaba donde comprábamos la carne, porque se iba a lugares distintos, allí donde habían matado una res. Me acompañaba a la medicatura al pueblo de la Paragua, para controlar la salud y crecimiento de los niños, me explicaba para qué era esta hierba, qué me ponía para aliviarme cuando me rozaba con algún gusano que tenía veneno, a qué río íbamos a bañarnos cuando el agua faltaba más de dos días en el pueblo. Cualquier secreto para subsistir en esos campos fue ella la que me dio la mano con respeto y cariño, para que yo fuera entendiendo cómo era la vida por esos lugares. Ella era mi amiga, mi hija, mi hermana, ella me introducía en otras casas o traía a la mía a personas de la comunidad para que yo las conociera, para mí es alguien que jamás olvidaré, se llama Edina. La quise y la quiero siempre, aun en la distancia y desde estas tierras mexicanas donde vivo mi vida de inmigrante, la llamo para contarle mis andanzas y que ella también me cuente de las suyas.

Las dos intentamos hacer una pequeña empresa, hacíamos unas tortas de cambur que nos quedaban deliciosas y que llegamos a vender en los alrededores del Cristo, en Ciudad Piar en las fuentes de soda y en el supermercado de la Auyantepuy, que era una cooperativa. Estábamos viendo qué teníamos que ponerles para preservarlas pues llegamos a producir unas cuantas al día. Comprábamos los materiales al por mayor, cuando Edina quedó embarazada y abortó por el excesivo trabajo y lo tuvimos que dejar, yo no podía sola, lo retomaríamos más tarde y nunca nos volvimos a decidir ya que en los inicios lo hicimos con mucha pasión y no volvimos a recobrar la misma fuerza.

Vivimos también momentos de desánimo, poco a poco nos íbamos desencantando de ver que la cooperativa no terminaba de dar los frutos deseados, éramos muchos alrededor de sus ganancias y no daba suficiente como para que nuestra vida fuera más fluida en lo económico, teníamos que ser exitosos para que las personas de la comunidad, quisieran imitarlos o entrar a trabajar a la cooperativa.

Más que los campesinos lo vieron con expectativas los agricultores de clase más resuelta económicamente, allí en esa zona no se sembraba hortalizas, no se cultivaba con riego, era especialmente maicera y el agua para las siembras tenía los ritmos naturales de la lluvia. Ahora en estos momentos hay pequeñas fincas que siembran tomate, pimentón, etcétera y tienen sus bombas para el riego.

También en los momentos de lluvia excesiva, vimos en una oportunidad acabarse, de un día para otro, todo lo sembrado. En una noche el diluvio fue tan fuerte que se perdió absolutamente la zona de hortalizas, todo debajo de las aguas quedó inundado. Yo lo había visto en Caracas como noticia, pero no es igual que vivirlo y saber que con la venta del producto se iban a resolver durante unos meses los salarios de cada uno y la compra de semillas o preparación de tierras. Todo perdido.

Pero nunca estas cosas nos desanimaron como para abandonar, ser campesino es así, pasan estos sinsabores e inconvenientes y entonces volver a comenzar.

En mis tiempos ya casi finales, fui descubierta por la comunidad como rezadora de novenarios en los funerales de alguna persona fallecida. Lo hice una vez porque la rezadora se había ido del pueblo y yo me ofrecí con gusto ante la necesidad de encontrar a alguien. Eso hizo que me propusieran ante el siguiente deceso. Nunca se me hubiera ocurrido. Al parecer lo hice bien, fue un placer el poder ser útil y me di cuenta que mi compromiso estaba firme como al principio, cuando mi conciencia se manifestaba. Seguía dispuesta a hacer todo aquello que ese pueblo querido me pidiera.

Mi vida en el Cristo llegó a ser tan habitual, viví tan integrada... no sé si lo logré con la comunidad, pero sí a la tierra, al lugar. Quedó mi vida muy compenetrada a ciertas personas, no fuí una líder, sino alguien que convivió con ellos como uno más, que ante algo que me pidieran, sabían que si estaba a mi alcance lo iba a hacer.

XI

No quiero extenderme en contar bondades del lugar donde viví seis años, quisiera hacer más hincapié en mi forma de vivirlos, en cómo me sentía, y cómo mi conciencia con el tiempo cada vez me hablaba menos.



Cuando vivía en Caracas, era algo que me oprimía y martillaba y me hacía sentir que eso que estaba viviendo no me hacía feliz y de forma constante me reprochaba que no terminaba de decidir mi destino.

En el mundo campesino a todo le encontraba sentido, a la manera de ganar el pan, a la lluvia, que era el agua que las plantas necesitan y le dan vida, a las reuniones que nos hacían crecer en conocimiento de las siembras, en amistad en el grupo, en estrategias para integrar a las personas que vivían en el mismo suelo, a la auyama que me regalaba una vecina, a la taza de café que me brindaba una amiga, a los pequeños en mi taller que pintaban en grandes papeles blancos y me transmitían la fresca belleza que puede dar un niño cuando dibuja y usa los colores con espontaneidad.

Me conmovió mucho la dignidad de las personas de la comunidad. Desde la distancia uno piensa en el hombre del campo como un marginado y cuando vives cerca sientes que no, que él tiene una vida diferente, es feliz allí en su lugar. Vive su familia con intensidad y orgullo y las amistades con consideración y respeto. No añora una ciudad desconocida, ese es su hábitat y lo ama. Aun con las limitaciones que tiene su pequeño pueblo puede

ser inmensamente feliz y al ciudadano lo ve con lástima porque imagina que tiene muchas complicaciones en una ciudad inhóspita y desconsiderada con el prójimo.

Yo había ido asimilando y entendiendo toda esa sabiduría de vida, conociendo el alma de mucha gente noble, que al final ellos me daban más a mi, que lo que yo podía ofrecerles. Era mucho lo que tenía que aprender.

Vivi el presente como si ese fuera mi lugar para siempre, como si allí perteneciera, con calma, con un sentimiento de paz y plenitud como no lo he hecho en ninguna parte. Al regresar de nuevo a la ciudad, por circunstancias que eran inevitables, tardé en acostumbrarme a esa otra forma de existir, a pesar de que las circunstancias me tenían totalmente ocupada y tenía poco tiempo para el lamento y la añoranza. Volví allí repetidas veces, cuando era posible, no me despegué así de repente, estaba demasiado envuelta en mis tiempo paragueros y fue muy poco a poco que le encontré gusto a otros modos de vivir la vida.

Y aun ahora en el exilio daría lo que no tengo por cerrar los ojos y encontrarme tomando café en un fresco caney de hoja de palma, en casa de mis queridos compadres y estoy convencida que fue ganancia el tiempo que viví en esas tierras bienaventuradas.

Regresaba con tristeza porque la enfermedad de mi madre lo ameritaba, porque abandonaba el campo y alegría porque no me separaba de Milagros y nos reencontrábamos con Aliana y Sonia.

XII

Cuando tuvimos que volver a la ciudad después de seis años viviendo en El Cristo, salí con la autoestima muy baja y cierto sentimiento de fracaso. La cooperativa desaparecía, ya quedábamos pocos.

Decidimos regresar y aprovechar para convivir toda la familia. Milagros comenzaba su carrera universitaria y tenía que irse a vivir con sus hermanas y por la edad de las dos mayores, que podían casarse, no íbamos a volver a tener esta oportunidad y teníamos

unos cuantos años que no lo hacíamos. Entonces tratábamos de convencernos que volver tenía beneficios, pero antes de que se hiciera efectivo este regreso, surgió la enfermedad de mi madre que exigía mi presencia.

Así que había sentimientos muy extraños, me sentía derrotada, ¿qué habíamos conseguido dar al mundo campesino? nada, el trabajo en grupo no les interesaba, le gustaba que los contratáramos de jornaleros, pero no les apetecía entrar a la cooperativa...

Yo me llevé mucho más de lo que dejé, fue una experiencia maravillosa y tanto lo que aprendí... salí colmada de riquezas, de vida interior vivida, de poesía aprehendida en la piel, de solidaridad recibida, llenos mis ojos de paisajes inconcebibles con olor a campo y a río, y fuerte para lo que me traería la vida a continuación que fue amargo y doloroso, como la larga enfermedad de mi madre que culminaría con su muerte y la adolescencia de mi hijo que lógicamente sufrió la ciudad más que ninguno.

Llegué a tener vergüenza de nuestro regreso, ya no tenía la insolencia y petulancia que tuve al irme, por momentos hasta pensaba que podía haber sido un error nuestro tiempo vivido en el interior de país.

De todas las maneras nadie nos preguntó ni siquiera a alguna persona de la familia le interesó la verdadera causa de nuestro regreso. Unas sencillas monjas de una pequeña comunidad que supieron que nos habíamos ido a vivir al campo y regresábamos después de ocho años, nos invitaron a una reunión para que les contáramos nuestra experiencia. Hicimos una exposición de los años vividos primero en el Estado Lara y luego en un pequeño pueblo del Estado Bolívar. Y además sentíamos que no habíamos hecho un trabajo muy efectivo pero que como experiencia personal y de familia había sido un tiempo muy rico y fructuoso.

Y años más tarde me lo dije y me lo creí. No había sido un error, hice lo que me pedía mi conciencia y no quise ser cobarde ante esas exigencias, temía vivir una vida con la añoranza de algo que no había sido capaz de hacer. No me lo hubiera perdonado nunca. Siempre me habría hecho el reclamo.

También llegué a una conclusión muy íntima, yo no era campesina, es difícil hacer cambios en la profunda esencia de uno, de la misma manera que nunca me he sentido en verdad integrada en fiestas o actividades de personas de clase media, a veces pareciera que me quedé desclasada y no logro unirme a ningún grupo de mujeres de mi edad.

XIII

En muchos de los lugares que he vivido, siempre al irme he dejado una amiga inolvidable que me ha acompañado con su amistad en el trayecto de mi existencia.

Cuando salí de España dejé a mi amiga de la adolescencia Feli, que hoy todavía lo somos, mantuvimos nuestra amistad a través de correspondencia cuando las cartas tardaban en llegar catorce días, luego pasamos a correos electrónicos y ahora directo por whatsapp.

Al casarme fuimos a vivir a Maracay y la amistad de Belisa fue una bendición, me ayudó en la llegada a una distinta ciudad, me enseñó mil cosas en los inconvenientes de mi nuevo estado, fue como mi madre en la difícil etapa de los bebés, yo joven e inexperta, ante las enfermedades, las dudas de las primeras comidas, los primeros pasos, en ese tiempo nacieron Aliana y Sonia. Hoy continuamos un afecto de hermanas.

Mi vida en Barcelona donde vivimos cuatro años antes de nacer Milagros, fue insuperable con Blanca Rosa. Teníamos niños de las mismas edades y fuimos confidentes y amigas de un día a día. A ella sí la perdí con los años, nos distanció la lejanía, nos vimos algunas veces y más tarde nos perdimos, crecimos como personas durante esos cuatro años de compañerismo.

En el Cristo dejé a Edina con la que viví estrecheces, trabajo y alegrías, ella sigue siendo otras de las amadas que no solo tenemos contacto, sino la seguridad que aunque pase tiempo y no pueda llamarla estoy a su lado y ella conmigo.

En Caracas dejé a más de una, Yoli, vecina y amiga de mi alma desde hace cincuenta años, que resistió la separación de mi vida campesina. Paseábamos y merendábamos felices huyendo de la cotidianidad de la casa, yo siempre estaba para ella y ella para mí,

con la que tengo largas conversaciones en la distancia, También Liliana, mi amiga y compañera de oficina de la que siento orgullo por su profesionalidad, su entrega al trabajo en derechos humanos y la capacidad de ser auténtica.

Tengo muchas otras amigas también preciosas, pero de las que hablo han sido de una gran durabilidad en el tiempo y son esa familia que uno elige en el caminar de la vida. Estoy segura de que aun voy a tener tiempo de hacer una relación de amistad más de mi etapa de emigrante, en esta quizás mi última y nueva vida.

Quiero escribir estas líneas y destacar lo importante que son todas las amistades en mi vida, mas deseo exponer que si bien no soy una persona muy simpática me reconozco esta cualidad, la perseverancia en el amor a mis afectos.

Nunca les pedí a mis hijas que me imitaran, me acompañaron porque fue una etapa en la que por su edad necesitaban de mi y yo a ellas, eran parte de mi núcleo y vivieron la vida con nosotros sabiendo que esa experiencia podía ayudarlas para formar sus propios valores. Jamás les hablé incitándolas a que de adultas tenían que seguir mi camino, pero sí las animé a que fueran fieles a sus propias convicciones y a aquello que desearan en sus vidas.

Y ahora después de tantos años reivindico mi experiencia, y me alegro y me doy gracias sin envanecimiento, porque supe comprender la necesidad insaciable que tenía de encontrar mi destino y el Dios de la vida me dio las fuerzas y la alegría inusitada de hacer ese tránsito con serenidad, deseos y regocijo. Convencida de que estaba viviendo algo insuperable.

Esos años definieron el resto de mi vida para siempre. Todo lo que hice en el futuro tenía la huella de mi vida campesina. Y me tocó vivir otros momentos complejos, venturosos y arduos, de lágrimas y de dicha. Sólo que ya la conciencia no me exigió nunca más con tanta fuerza o quizás yo no contaba con la misma frescura e inocencia que tenía a los treinta años. En aquel tiempo insuperable donde la tierra prolífera y amable, las personas nobles, el cielo claro e intenso, la lluvia útil y necesaria, las estrellas brillantes y cercanas, la naturaleza con su frondosidad, sus ríos plateados y sus pájaros encantados eran capaces de darme júbilo y seguridad las veinticuatro horas del día.



Ciudad de México, junio 2020